

COSAS DONOSTIARRAS

UN "Kintze" MEMORABLE Y LA CAMPANA DE SAN VICENTE

No se adulteraba el vino; el azúcar no era de procedencia dudosa; la caña era de la más pura verdad de la Habana; no se conocían los aperitivos é incitantes que con denominaciones exóticas se expenden hoy en envases adornados con sus correspondientes primeros premios en las coloreadas etiquetas; no se decía allá ó acullá hay buena sidra, porque todas eran excelentes; el café era café, el chocolate se hacía con cacao, y estos productos venían directamente á nuestro puerto de las mismas tierras de Venezuela.

Un traje regularmente cuidado duraba una docena de años; las sedas no contenían algodón ni el hilo se mezclaba con algodón; á todo bicho viviente se le saludaba, aunque no fuera presentado, y se le saludaba, no como hoy, meneando las falanges de los dedos, sino con el corazón, es decir, con sinceridad; la desgracia del piso de arriba ó de abajo era sentida y lamentada por toda la vecindad; el duelo era general entre la misma, no se conocía el olvido involuntario.

Se ignoraba lo que era cigarro malo; se escogía la marca de tabaco que á cada cual le apetecía y se mandaba elaborar en donde á uno le venía en gana.

Los acemileros (mandazayak) traían tintoy en cambio llevaban fresco.

Aquella pescadería tan propia y bonita en donde las expendedoras

se creían felices, porque ni sentían frío en invierno ni calor en estío, ni eran azotadas por el huracán como hoy, etc.; en aquella linda pescadería empezada por Ogarrio y que nos la dejó hecha Echeveste, jamás conocimos la merluza de diez ó doce cuartos para arriba, y sí muchas veces á dos y á tres; un arraigorri bien encarnado y de la talla de un ganadero, sólo valía seis cuartos, y un besugo de gabon tampoco pasaba de los tres champones.

Hoy, ¡Santo Cristo del Cubo Imperial! hemos quedado atónitos al saber que en ese monumental y clásico edificio (que pegue ó no pegue, se han empeñado en destinarlo á la venta de peces) se han vendido gaviotas como si fueran faisanes ó cosa parecida.

Considérese el efecto que nos habrá causado á los donostiarra la repugnante novedad: nosotros que aun nos resistimos á comer pescado de vapor porque el paladar nos delata la diferencia que existe con el de lancha.

Allá por los años de 1840, á que pertenece el asunto que vamos á recordar, apenas se conocía en Donostia ni la gastritis, ni la dispepsia; jamás molestaba en estómago donostiarra ninguna pirosis; ¿por qué? porque los productos de alimentación no contenían cuerpos ni sustancias aborrecibles..... y un piso bueno y capaz valía dos reales diarios, y una libra de carne' era seis veces más barata que la de ahora, y un huevo valía un cuarto y una docena real y medio.

Un obrero ganaba ocho reales, y con esas dos pesetas se hacía más que con seis de hoy.

Hoy se gana mucho más, pero es mucha mayor la desproporción que existe entre el jornal y el valor que alcanzan los artículos precisos ó de primera necesidad.

De ahí esa lucha á brazo partido.

—Pero..... ¿y qué tiene que ver todo eso con la campana y el kintze?

—Calla tú Sancho, Telémaco, amado Teótimo ó como te llamen; dices que ¿qué tiene que ver todo eso con el epígrafe de estas líneas? Más te valdría saber lo que es un zortziko y un bordon dantza ante todo y otras cosas más después, tú, pedazo de cotillón sin genio, ni substancia ni caracter.

En muchos casos, como en el presente, no se puede prescindir de la digresión, aunque no ha resultado tan extensa como nuestro motivo lo requiere.

Pero en fin, aunque en contadas líneas, hemos recordado el ambiente feliz en donde se explayaron el notable músico D. Pedro Latierro (padre de Cirilo), los Goizuetas, los Irigoyen, los Echagüe, los Sagasti, los Bengoechea, los Añorga, los Soroa, los Yun, los Ogarrio, los Echegaray, los Erauso, etc., etc.

Y ya preparada la decoración, vamos á traer á las tablas, con toda la gloria y el honor que le corresponde, nuestro kintze y nuestra campana.

En el boulevard, rindamos una vez culto á la moda, en la Alameda, se hallaba en la fecha antes citada la plaza de pelota.

Por sus varios lados servíanle de paredes las cortinas de las murallas.

Las cinco gradas de piedra que había que bajar para llegar á la plaza, son cinco detalles que es imposible olvidar.

A un lado se extendía un paseo alegre, con hermosos olmos; una batería y un puente pequeño limitaban el bonito y risueño tránsito.

Parece que lo estoy viendo; recordándolo también parece que se me van los sesenta y cinco años que pesan sobre estas espaldas (?).

El frontón, como hoy se dice, se asentaba entre el kiosco de la música que vemos ahora y la fuente redonda que se halla entre las casas de Ayani y Sansinenea.

En la fecha ut supra se jugó un partido en esa Plaza del Cubo que dejó renombre.

Fué necesario poner barreras para que se acomodase el pueblo soberano.

Entonces los partidos de pelota se efectuaban después de la misa mayor y nunca en los días laborables.

Empezó el partido y aparecieron las onzas de oro, tantas á favor de unos como de otros.

Por supuesto, no había corredores.

La lucha principió magníficamente; continuó la acción sin decaer nunca y tocaba á su fin con sin igual entusiasmo.

Los tantos eran competidísimos y reñidos, y tan equilibradas estriban las facultades de ambos bandos, que era difícil asegurar de quien había de resultar la victoria.

Estaban á iguales, y llegó el momento supremo: el último kintze!

El saque fué ingenioso y travieso; la pelota fué restada con mucho empuje; «jo batak eta jo bestiak», pegar uno y pegar otro (no se puede

traducir de otra manera); el tanto sigue airoso, fresco; las fuerzas sin menguar; la pelota misma se entrega en el guante del jugador; el público no alienta; han pasado diez minutos y el kintze continua sin desmayo; el pueblo nervioso pero inmóvil; la pelota ni se pierde ni se desvía; no se siente más que las exclamaciones técnicas de los pelotaris: «¡jo! ¡arrotu! ¡utzi! ¡bertan!»

Todo el mundo se aguanta pendiente de un hilo; un cuarto de hora va transcurrido, el tanto dura y no se decide; en esto, de repente, aquella muchedumbre se pone en pie y los pelotaris abandonan la pelota descubiéndose también

—¿Pero qué pasó? (Terminó el partido de una manera tan misteriosa?

—No, amigo, no; fué que la campana de San Vicente tocaba las doce y todos, público y pelotaris, interrumpieron el famoso y memorable kintze para rezar la oración del mediodía.

Ese era aquel pueblo donostiarra; aquel pueblo que fué el primero en derramar sangre en defensa de la libertad; aquel pueblo que supo dar su vida el 5 de Mayo de 1836; aquel pueblo que fué el primero en organizar cuerpos armados al mando de D. Gaspar de Jáuregui contra los ejércitos del absolutismo; aquel pueblo que se batió en Ametzagaña; aquel pueblo que rechazó heroicamente de sus mismas puertas á las huestes del pretendiente; aquellos donostiarras que sin ayudas oficiales levantaron solos de entre cenizas la gloriosa cuna de los Oquendos, de los Echaidés de los Echeverris y de los Aguirre.

F. LÓPEZ-ALÉN.

